

EL IRIS

PERIÓDICO QUINCENAL DE LITERATURA.

DIRECCION—AGUSTIN DE VEDIA.—COLABORACION—TODAS LAS INTELIGENCIAS LITERARIAS.

La Historia antigua,

EN SUS RASGOS CAPITALES.

(Continúa.)

Compárese el fondo y el espectáculo de las dos épocas; compárese las dos encarnaciones del espíritu moderno; compárese las dos sociedades que lo han representado mejor en la antigüedad y en nuestros días, y dedúzcase.

Lo que yo deduzco es que en la época de la decadencia del espíritu civil de la Grecia, se levantaba una filosofía atrevida, que pretendía establecer el principio de la moral social y del orden político en el fondo de cada conciencia, sin más base que la libertad individual de la Razon de cada uno, renegando todas las tradiciones teocráticas que la ciencia traía del Oriente.

Vamos á ver como fué preciso que Roma destruyera por medio de sus portentosos códigos civiles, cierto principio de anarquía que encerraba necesariamente esta pretension, y que el cristianismo viniera, al mismo tiempo, á desalojar el espíritu escéptico que se habia amalgamado ilegítimamente con la filosofía brillante y sociable de la Grecia, para que, la civilización moderna pudiera cantar su triunfo, y llegara hasta nosotros, bañada en sangre, es verdad, pero representando la alianza preciosa de la religión con la filosofía, de la creencia y de la libertad, del sacerdote y del ciudadano. A la Grecia se debe que la civilización no necesite de castas teocráticas que la alimenten, ni de templos que la protejan, sino de hombres sabios, de ciudadanos inteligentes y estudiosos, de industria y de libertad.

Voy á explicar porque motivo el espíritu de la civilización griega era progresista y trastornador, al mismo tiempo que el de la civilización oriental era definitivo y estacionario. Dos palabras me bastarán para explicarlo con claridad. El primero era filosófico, estrictamente hablando; y el otro, *teológico* y *religioso*: el uno creía y el otro reflexionaba. Y bien! ¿Qué es creer? creer es poseer la verdad por entero, definitivamente, sin admitir mejoras ni progresos.

Cuando la creencia abraza todos los ramos de una civilización y se hace el centro esclusivo de todas las cosas sociales, el espíritu humano se estanca, se paraliza y abdica su libertad. He aquí el espíritu oriental, he aquí el *espíritu definitivo* de los sistemas religiosos.

La Grecia no se parecía al Oriente; era progresista y revolucionaria, porque creía poco, y razonaba mucho.

Preguntemonos ahora. ¿Que es razonar?

Razonar, es remover todas las ideas, analizar todas las teorías y todos los objetos; es tener la duda en el alma y no creer sino en los descubrimientos progresivos de la inteligencia humana. He aquí porque el espíritu griego era pro-

gresivo, y porque lo es el espíritu de toda filosofía.

Ahora pues, ¿que era lo que faltaba á la sociedad griega para representar el espíritu completo de la civilización moderna?... poder político y moral personal.

Entonces, justo es que abandone la escena, y que lleguen pronto Roma y la Judea á dar á la humanidad los elementos de que necesita para su completa felicidad.

El espíritu de la civilización moderna pedía, en aquella época, leyes fuertes y un Estado vigoroso: para obtenerlos necesitaba un pueblo nuevo, constituido, no como la Grecia, sino de tal modo, que la anarquía no pudiera penetrar en él, y que fuese un poderoso foco de centralización: no de un espíritu inmóvil, como los pueblos del Asia, sino capaz, por su génio mismo, de experimentar en su seno radicales revoluciones que le tengan siempre en continuo desarrollo interior, y en perpetuo movimiento de expansión.

Este pueblo, con su estado fuerte y desenvuelto, con su legislación cierta y firme, con una constitución, enfin, que sabia crear grandes intereses nacionales, y ponerlos bajo la égida protectora, de una clase poderosa compacta y perfectamente constituida; este pueblo, apareció: su nombre es ROMA.

Queremos conocerlo bien? Oigamos al mas grande y erudito de sus poetas.

Escudent allí spirantia mollius æra,
Credo equidem: vivos ducent de marmore vultus,
Orabunt causas melius, cœlique meatus
Describent radio, et surientia sidera dicent.
Tu regere imperio populos, Romane memento:
Hæ tibi erunt artes, pacisque imponere morem,
Parcere subjectis, et debellare superbos.

Tal era el destino que la predicción del padre Anquises señalaba á la futura Roma, desde la morada de los justos. Bien se vé que Virgilio conocia á fondo el carácter de su nación.

La Italia, no era para los antiguos lo que fué la América, por tanto tiempo, para los modernos.

Basta leer á Virgilio, poeta tan sabio y tan erudito como el mas prolijo historiador, para ver que desde los tiempos fabulosos de la guerra de Troya las costas de la Italia eran frecuentadas por mucha concurrencia de extranjeros.

No sé por qué causa nos sucede á todos, que al pensar en la Antigüedad, se nos ocurre la imagen de una época de aislamiento y de paralización, de una época en que los pueblos vivían sin relaciones y sin trato recíproco; no, esta es una injusta preocupacion.

Era tan grande el comercio marítimo que habia en el Mediterráneo, tales las riquezas que el tráfico desparramaba por todas sus costas, desde las columnas de Hércules hasta las embocaduras del Nilo, que quizá no seria aven-

turado asegurar que el comercio de hoy mismo no escude, de un modo extraordinario, al de entonces.

Entre todos estos pueblos habia tres que se habian hecho célebres y conocidos en casi todas las costas del Mediterráneo, por la estension de su tráfico marítimo, por la habilidad con que proveian de mercaderías á todos los pueblos, por la destreza y astucia con que hacian sus tratos, por su osadia para arrostrar los peligros de la navegacion, y por cierto espíritu guerrero, insolente, sociable al mismo tiempo, sagaz, y experimentado como el de ningun otro. Estos pueblos, eran los Fenicios, los Griegos y los Etruscos.

Si queremos tener una idea de la estension del comercio antiguo, y saber hasta donde se conocian á fondo todos los pueblos de aquella época, ocurramos á la Biblia; sobre todo, á las profecías de Isaías y de Ezequiel: allí veremos caracterizado cada pueblo, con sus hábitos, sus creencias y hasta con las producciones mismas de sus fábricas.

Si pues los Judios, que eran entonces una nacion oscura, tenian un conocimiento tan cabal de las teorías, de los hechos y de la situacion moral, mercantil y política, en que el mundo estaba en esa época, puede juzgarse cuales debian ser estas comunicaciones y este amalgama de creencias y de intereses, en los pueblos mas notables de ella.

Dos son las consecuencias importantes que resultan de este hecho. Una, es relativa á la Judea, que mostrará con que principios y acreencias se elaboraba el espíritu Judío, preparando en el seno de la nacion una doctrina filosófica y moral, que presajaba una gran revolucion. La otra consecuencia, es, que la Italia tenia, desde los primeros tiempos, pueblos (debiera decir naciones) desenvueltos, cultos, navegantes, en fin; y que el germen de la civilizacion occidental estaba pródigamente distribuido sobre su terreno.

Las ciudades etruscas, las ciudades del país *Latino*, Cápuá y Alba y tantas otras célebres desde los tiempos primitivos y fabulosos de la historia Romana, prueban hasta donde era civilizada esa Italia, aun antes de que comenzara á figurar la grande Roma. Ciertamente es, que cuando Roma se sobrepuso á todas sus hermanas, han debido venir el orgullo, la vanidad y la poesia nacional, á ponderar con exajeracion el desarrollo social de estas ciudades: los romanos mismos han debido exajerar el poder y las riquezas que tenian los vencidos, para dar una idea gigantesca de sus gloriosas victorias y de su grandeza militar. Pero, de ningun modo se puede dudar que Roma fué una colonia latina, una rama inferior de la gran civilizacion etrusca, cuyo foco era todo el país que hoy se llama la *Toscana*, y cuyo principal campo de accion era el mar que baña este territorio, llamado, aun hoy, *Martirreno*.

Roma, era un pueblo lejano de las costas mas frecuentadas del extranjero, y que casi tocaba por sus orillas con la barbarie italiana, con las razas y las tribus salvajes de las montañas. Esta posicion hacia, naturalmente, que brillaran en este pueblo, de un modo notable, el jénio, las cualidades originales del espíritu, indígena italiano un tanto desvanecidas en todos los otros puntos mas cercanos de la Grecia, por el roce con los intereses y los traficantes australianos.

La altivez, la crueldad impasible del salvaje, la astucia del tigre, el rencor, la concentracion, la dureza de los sentimientos, cierta capacidad para buscar con paciencia y con frialdad el medio y el tiempo mas oportuno para

hacer triunfar una intencion; y otras muchas cualidades de este género, que aun hoy dia forman el fondo del verdadero carácter italiano (del carácter de los compesinos, que lo conservan puro porque el monarquismo y servilismo, dominantes en las ciudades, no se los han corrompido); mil cualidades de este género, digo, formaban la parte saliente y marcada del espíritu romano.

Aquí está este pueblo semi-bárbaro todavía, puesto en tal situacion, que tiene que luchar de un modo incesante contra las tribus bárbaras, que tocan por el norte con su territorio, mientras que al medio dia se estenderse comarcas ricas, civilizadas y desenvueltas, que á la vez que encienden su codicia, le inspiran repugnancia, por el yugo colonial que le tienen impuesto. Atacado y contenido por los dos extremos, favorecido por una magnífica posicion topográfica, y por el dedo de Dios que lo preparaba para grandes cosas, desenvolvía, por una consecuencia natural de su posicion misma, un fuerte espíritu de concentracion y de guerra; es decir, se preparaba á brillar con una gran centralizacion nacional, y con una poderosa fuerza de expansion: su mismo génio nacional lo preparaba para ser el Demonio de la *Política* y de la *Guerra*.

Esta posicion incomodada diariamente por dos espíritus extranjeros y diametralmente opuestos, contribuía de un modo eficacísimo á la conservacion y desarrollo de su génio indígena y primitivo. Aun en los tiempos mas cultos de la República, la familia romana conservó siempre el sello de la tribu bárbara: el padre de familias es el único miembro del Estado; los demás apenas son cosas. ¿Y qué es un *Patricio romano* sino un jefe de tribu? La sociedad romana, en el tiempo de su mayor gloria, no es en el fondo sino la asociacion de las tribus italianas, fundidas en el molde romano.

Esta sociedad nacia, pues, con un indestructible principio aristocrático: porque, siendo tribu la familia romana, la asociacion nacional no podia ser otra cosa que la asociacion de los jefes de esa tribu.

Reflexionese, ahora, que esta es la primera vez que aparece en los tiempos antiguos el espíritu aristocrático sosteniéndose, sin contradicciones, en el espíritu público de una fuerte nacion; y dedúzcase cuan poderosamente ha contribuido este hecho á introducir el jénio del Estado y de la Ley en el espíritu de la civilizacion occidental, que como se ha visto antes, carecia de ellos desgraciadamente.

Roma por participar un tanto de la civilizacion y cultura etrusca, luchaba ventajosamente contra los bárbaros que la rodeaban; y por ser un tanto salvaje, luchaba contra los pueblos cultos que tenia á las inmediaciones. Llevando de frente con una energia particular estas dos guerras, y (¡cosa asombrosa!) realizando en su propio seno las revoluciones de que necesitaba para desenvolverse en una escala mayor, Roma comienza sobre la Italia un trabajo maravilloso de absorcion. Arroja los Reyes de su seno, cambia de formas políticas, somete las tribus bárbaras, y logra al fin imponer su dominio sobre los cultos y semi-griegos pueblos de la Etruria.

Fijese la atencion en la coincidencia notable que voy á detallar: cuando Roma, representando el génio italiano, invadía el génio grego ó *pelasgo* de la Toscana (Etruria), era cuando la Grecia, desfallecida ya, consumida por exceso de juventud y de pasion, dejaba flotar las riendas del carro de la civilizacion que con tanta gracia y brillo habia conducido; era cuando Alejandro se lanzaba sobre el Oriente, pulverizaba esa fastuosa y opulenta civiliza-

ción, pero moría un momento después, dejando un amalgama impuro de pueblos y de espíritus opuestos, en vez de sociedad, y la más horrible anarquía, en vez de Gobierno y Leyes.

¡Júzguese de las previsiones de Dios! Entonces era cuando Roma, es decir, la asociación convertida en fuerza y poder de hierro, se lanzaba con los brincos del león á las costas occidentales del Mediterráneo, de ese mar, foco eterno de la civilización occidental.

La empresa de conquistas y de absorciones en que se echaba el Pueblo-rei contra las ciudades griegas de la Italia, era entonces muy fácil; estas ciudades no podían ser auxiliadas por la Grecia, á causa del estado de aniquilamiento en que se hallaba. Solo una vez vino Pirro á defender á Tarento; pero ya era tarde, Tarento cayó: los Romanos aprendieron la disciplina griega, la perfeccionaron, y lograron hacer que Pirro mismo, el gran guerrero de la época, fuese á darlos á conocer por todas partes como una gran Nación.

Ahora pues, mientras que Roma absorbe la civilización occidental, seriamente comprometida en el Oriente, una colonia de la Fenicia (asiática por esto) sirve de refugio, en las apartadas costas de la Africa, á las tradiciones orientales y semíticas, que habían sido derrotadas en la Persia.

Los enemigos fugitivos de Alejandro, los ricos habitantes de Tiro y de Sidónia, y muchos otros hijos del Espíritu Oriental, vienen buscando abrigo (y lo encuentran) en la floreciente Cartago. ¿Qué significa esto? ¿Qué leyes son estas de la providencia, tan lógicas y tan maravillosas? Cuando parecía que la guerra iba á cesar, por la muerte de la Grecia y del Oriente, que, habiéndose tomado á brazo partido se han sofocado entre sí; y cuando parecía que el mundo iba á quedar indolentemente sumido en una languida barbarie, empiezan á brotar, de nuevo, ambas civilizaciones, depositando sus jérmenes en dos grandes pueblos, destinados á abrir una nueva lucha, por los mismos principios, con las mismas banderas, y al fin con el mismo resultado.

¿Se quiere más? pues miremos en las cruzadas la continuación de la misma empresa: miremos á la Inglaterra, luchando por hacer triunfar el espíritu occidental en la más vieja de las naciones orientales: miremos á la Francia, echándose sobre los descendientes de Anibal y de Augusto, y devorándoles su patrimonio, para convertirlo en bien europeo, en civilización occidental.

Pero esto, es traspasar mi objeto; y debo volver á él pronto; no sin valirme de esta digresión, para mostrar cuanto tienen de griegos y de Romanos los pueblos modernos. Son los hijos, que reclaman á mano armada la herencia que sus padres les dejaron.

El verdadero grito de la guerra y de la filosofía occidental ha sido, desde entonces hasta nuestros días — ¡Muera todo lo que es oriental!

Los ingleses en Asia, los franceses en Africa, luchan con este fin, pero es preciso confesar que tienen trabajo para muchos siglos todavía, porque como dijo el poeta:

Tant de molis erat Romanam conderere gentem!

Vuelvo á Roma.

La tenemos ya dueña de la Italia. Sin dejar de ser italiana, comienza á experimentar una fecunda transformación; el espíritu griego de la Etruria, que se ha abrigado en su seno, principia á trabajar sobre sus elementos sociales, y á desenvolver las semillas de una poderosa civilización.

Roma ha vencido á toda la Italia; pero, al mismo tiempo,

ha traído los habitantes de los pueblos más cultos al recinto de sus murallas y los ha fundido en la asociación: de modo, que á medida de conquista, ensancha le asociación política de la ciudad, y extiende la base fundamental de su dominación y de su poder. No se contenta con esto, sino que establece colonias Romanas, *municipios*, en todos los puntos que quedan vacíos por la traslación, que hace á su seno, de las poblaciones vencidas: así es, como vuelve Romanos los territorios conquistadores, y Romanas las generaciones que sucedan á las generaciones vencidas. Ya se ve si tenía razón al decir que este pueblo iba á ser el Demonio de la política.

Pero no todo lo fundía en la asociación civil: de sus victorias hacia otra parte de hombres, que dejaba fuera de todo derecho, y que adjudicaba, como esclavos, á sus patricios agricultores; por consiguiente esta clase miserable cubría las campañas Italianas.

Los Patricios, los Ricos, los Plebeyos y los Esclavos, eran en resumen, los verdaderos elementos que componían la Asociación Romana. El pueblo y los esclavos eran dos clases terriblemente oprimidas: vamos á ver de que manera.

Como la agricultura era la industria fundamental del primitivo pueblo romano, se hacía sentir en la sociedad una constante necesidad de aumentar las propiedades territoriales. La aristocracia, que estaba á la cabeza del gobierno, y que era clase dominante, era también la que sentía mejor esta exigencia, y la que empleaba los medios oportunos de satisfacerla, Roma, pues, se hacía dueña de las tierras conquistadas, y las repartía entre sus soldados, que eran como sus mismos ciudadanos, plebeyos. Mas, como estos eran pobres y carecían necesariamente de los medios de labranza, y del capital que siempre es necesario emplear en los trabajos de la agricultura, se veían obligados á tomar dinero de los ricos, con las fuertes usuras á que la concurrencia misma elevaba el valor del capital.

La industria de los pobres nacía así, desde el primer instante, agoviada bajo el peso de una terrible necesidad. No era esto solo lo que los oprimía: no bien acababan de sembrar, cuando eran arrastrados á nuevas guerras, á nuevas expediciones; de manera, que para pagar sus deudas, tenían que entregar sus propiedades ó que venderlas á los ricos acreedores. ¡Ay del plebeyo que no tenía con que pagar! El noble, le ponía al cuello la cadena de la esclavitud, y lo hacía siervo, hasta que se rescataba con su trabajo personal.

Las leyes de las *Doce Tablas* manifiestan bien cuan frecuentes eran los casos de este género en la República Romana. La miseria del pueblo llegó á ser tal, que los padres mismos vendían á sus tiernos hijos para comer, y para pagar.

Los esclavos, por otra parte, que eran numerosísimos, constituían una clase verdaderamente miserable bajo todos aspectos, oprimida, y que por todo esto abrigaba un odio profundo, inextinguible contra sus amos.

La aristocracia comprendía muy bien la posición del Estado. Puesta en la necesidad de oprimir, desenvolvió un espíritu legislativo singular. Este resultado es propio de toda aristocracia: todas ellas son eminentemente legislativas, porque se ven obligadas á tocar los resortes más propios para producir una opresión legal: los Estados que sienten semejante necesidad, de un modo constitucional, echan mano de la ley, y buscan con ella el modo mejor de establecer reglas fijas de despotismo, apoyando

sus teorías políticas en sutilezas de ingenio, que tienen por objeto organizar la sociedad en beneficio de un interés dominante. Así es como se ha creado, esa maravilla de los *Códigos Romanos*.

Para acertar á dar la regla de tantas menudencias, era preciso que el poder tuviera un interés vital en la ley, y que se dedicase á formularla con el mas escrupuloso esmero. Ya se vé, pues, como Roma venia al mundo constituida de tal modo, que no solo traia para la civilización occidental el espíritu del *Estado*, sino tambien el espíritu de la *Ley*. Faltábale empero el espíritu de la *Moral*, como pronto lo veremos.

Ademas de las dos clases oprimidas, de que ya he hablado, comenzaba á formarse otra, que desparramada en toda la Italia, no estaba nada favorecida por las instituciones romanas. Esta era la de los hombres libres, que sin ser ciudadanos romanos, eran súbditos de Roma, clase compuesta de todos los habitantes de las ciudades italianas, que no podian ser transportados á Roma por la excesiva población que ya estaba aglomerada en esta inmensa ciudad. Estos hombres y sus familias no gozaban ninguna clase de las ventajas inherentes al carácter de ciudadano, y, viéndose además oprimidos por gran número de imposiciones legales, sumamente onerosas, aspiraban ardientemente á tomar posesion de la ciudadanía, sin dejar, por esto, de abrigar una secreta indignación contra la opresión central de la ciudad.

VICENTE F. LOPEZ.

(Continúa).

Sofismas Económicos.

POR FEDERICO BASTIAT.

(Traducidos para EL JAIS por un estudiante de Economía Política.)

ESPOLIACION Y LEY

A los Sres. *Proteccionistas del Consejo General de Manufacturas*.

(Continuación)

En la hipótesis en que nos habiamos colocado, es decir bajo el régimen de la libertad, no podrá V. negar que no sea esto de su parte un acto manifiesto de espoliación y de opresión.

Así, mi primer cnidado es invocar á la ley, á los magistrados y á la fuerza pública para que vengan en mi ayuda.

Intervienen, lo juzgan, lo condenan, y es V. justamente castigado.

Pero todo esto le sugiere á V. una idea luminosa.

— He sido un simple, se dice V., en darme tanto trabajo—¿que me he espuesto á matar y á ser muerto; me he incomodado, he puesto en movimiento toda mi servidumbre; he incurrido en gastos enormes; me he dado todos los aires de un espoliador; me he hecho acreedor á ser condenado por las justicias del país; ¿y todo para que? Para obligar á un miserable herrero á que venga á mi herrería á comprarme el fierro al precio de mi antojo. ¿Si yo hiciese entrar en mis intereses á la ley, á los magistrados y á la fuerza pública? ¿Si les hiciese ejecutar sobre la frontera ese acto odioso que yo mismo iba á ejecutar?

Exaltado por tan seductora perspectiva se hace V. nombrar legislador y hace promulgar la siguiente ley:

Art. 1º. Se impondrá un impuesto á todo el mundo (y sobre todo á mi maldito sombrerero).

2º. Con el producto de este impuesto se pagará un cuer-

po de aduaneros que haga una buena guardia sobre la frontera en interés de los Sres. herreros.

3º. Este cuerpo velará sobre todo por que nadie cambie con los Belgas, sombreros ni ningunas otras mercancías por fierro.

4º. Los ministros, fiscales, recaudadores y carceleros de la República quedan encargados cada uno en lo que le concierne de la ejecución de la presente ley.

Convengo, Señor, en que bajo esta forma la espoliación le seria á V. infinitamente, mas dulce, mas lucrativa y sobre todo menos peligrosa que bajo la primeramente adoptada.

Convengo en que ella tendria para V. un lado sumamente cómico. De seguro podria V. reirse en nuestras barbas al ver pesar todos los gastos sobre nuestras espaldas. Pero yo afirmo que V. habria introducido en la sociedad un principio de ruina, de inmoralidad, de discordia, de odios y de revoluciones incesantes; que seria V., quien habria abierto la puerta á todos los ensayos y teorías del socialismo y comunismo.

Tal vez encuentra V. mi hipótesis atrevida.

Pues bien, volvámosla contra mi. Consiento en ello por amor á la demostración.

Heme pues obrero; V. continua siendo herrero.

En mi conveniencia está el obtener baratos y aun de valde, si fuese posible, los instrumentos de trabajo que necesito.

Sé en esto que en su almacén hay hachas, cierras, etc. y sin mas cumplimientos ni ceremonias, penetro en él á mano armada y hago mesa limpia de cuanto me conviene.

Pero V. usando del derecho de legítima defensa, empieza por rechazar la fuerza con la fuerza y en seguida llamando en su ayuda á la ley, al magistrado y á la fuerza pública, me hace V. meter en un calabozo, y hace V. bien.

— ¡Oh! ¡oh! me digo; ¿que necio he andado! Cuando se quiere gozar de los bienes ajenos, no es *apesar* sino *en virtud* de la ley que debe obrar todo el que no sea un tonto.

En consecuencia, del mismo modo que V. se ha hecho *proteccionista*, me hago yo *socialista*.

Y así como V. se ha arrogado el derecho al *provecho*, me arrogo yo el derecho al *trabajo*, ó, á los instrumentos de trabajo.

Ademas, en la prision me he leído á mi Luis Blanc y sé de memoria esta doctrina:

« Lo que falta á los proletarios para libertarse es instrumentos de trabajo; la obligación del Gobierno es suministrarlos. » Y esta: « Desde que se admite que el hombre necesita para ser verdaderamente libre el poder de ejercer y de desarrollar sus facultades, resulta que la sociedad debe á cada uno de sus miembros tanto la instrucción, sin la cual el espíritu humano no puede desenvolverse, como los instrumentos de trabajo, sin los cuales las facultades del hombre no pueden entrar en actividad. Y por la intervencion de quien, dará la sociedad á cada uno de sus miembros la instrucción conveniente y los instrumentos necesarios si no es por la intervencion del Estado? »

Yo tambien á mi vez, aunque para ello tuviera que revolucionar mi país, fuerzo las puertas del palacio legislativo. Permuto la ley y le hago ejecutar en mi provecho y á espensas de V. aquel mismo crimen por el cual habia sido tan justamente castigado.

Mi ley calcada sobre la de V. diria así:

Art. 1º Se impondrá una contribución á todos los ciudadanos y especialmente á los dueños de herrerías.

2º Con el producto de esta contribucion el estado subvencionará un regimiento que tomará el nombre de «*gendarmaria fraternal*».

3º Los gendarmes fraternales entrarán en los almacenes de hachas, cierras etc. se apoderarán de ellas y las distribuirán entre los obreros que las deseen.

Gracias á esta habil combinacion V. vé señor, que ya no incurriré yo en los riesgos, ni en los costos, ni en lo odioso, ni en los escrúpulos de la Espoliacion. El Estado robará por mí como roba por V. y patas.

Queda por saber ahora, como se encontraria la sociedad francesa con la realizacion de mi segunda hipótesis, ó cuando menos, como se encuentra hoy con la realizacion casi completa de la primera.

No quiero tratar aqui la cuestion bajo el punto de vista económico. Cuando reclamamos la libertad del cambio se cree generalmente, que no tenemos otro movíl, que el deseo de dejar al trabajo y al capital la facultad de tomar su mas conveniente direccion. Es equivocarse medio á medio; tal consideracion no es para nosotros sino secundaria; lo que nos hiere, lo que nos aflige, lo que nos espanta en el régimen protector es que él importa la negacion del derecho, de la justicia y de la propiedad; es que él vuelve contra la justicia y contra la propiedad, la ley que debiera garantizarlas; es que él trastorna y pervierte las condiciones de existencia de la sociedad.

Es sobre esta faz de la cuestion que llamo vuestras mas serias meditaciones.

¿Qué es la ley, pues? ó al menos, qué debiera ser? ¿cuál es su mision moral y racional? ¿No es la de mantener en un justo equilibrio todas las libertades, todas las propiedades y todos los derechos? ¿No es la de hacer reinar entre todos la justicia? ¿No es la de prevenir y reprimir la opresion y la espoliacion de cualquier parte que ella venga?

¿Y no se espantan ustedes, de la inmensa, de la radical y deplorable innovacion que se introduce en el mundo el dia en que la ley se encarga de ejecutar por sí misma el crimen que segun su mision debiera castigar? ¿El dia en que se vuelve en hecho y en principio contra la propiedad y contra la libertad?

¡Deploran Vdes. los síntomas que presenta la sociedad moderna! ¡Gimen Vdes. por el desorden que reina en las instituciones y en las ideas!

¿Y no es ese mismo principio de Vdes. quien lo ha pervertido todo, ideas é instituciones?

Sí; la ley no es ya el refugio del oprimido sino el arma del opresor! ¡La ley no es ya una égida sino una espada! ¡En sus manos augustas en vez de la balanza no hay sino medidas adulteradas y llaves falsas! ¡Y quieren Vds. que la sociedad esté bien ordenada!

Vds. han escrito estas palabras con su principio en el frontis del palacio legislativo: «*Todo el que consiga obtener alguna influencia en este sitio podrá pretender una parte en la espoliacion legal.*»

¿Y qué ha sucedido? ¿Que todas las clases se han atropellado á las puertas del palacio gritando: ¡á mí! ¡á mí! ¡á mí una parte de espoliacion!

Proclamado el sufragio universal despues de la revolucion Febrero, tuve por un momento la esperanza de que su poderosa voz se hiciese oír diciendo: «*No mas espoliacion para nadie; justicia para todos.*» Y á decir verdad era esta la verdadera solucion del problema social. Pero nada de esto sucedió. La propaganda proteccionista de tantos si-

glos habia echado raices demasiado profundas en las creencias y en las ideas.

No; todas las clases, al hacer irrupcion en la Asamblea Nacional mostraron que no habian venido á ella sino para hacer, segun los principios de Vds., de la ley, un principio de rapina. Se ha pedido el impuesto progresivo, el crédito gratuito, el derecho al trabajo, el derecho á la asistencia, la garantia del interés, un *minimum* para el salario, la instruccion gratuita, adelantos á la industria etc. etc., en una palabra cada cual ha querido vivir y medrar á espensas de los otros.

¿Y bajo la proteccion de qué autoridad se han colocado tales pretensiones? Bajo la autoridad de vuestros precedentes.

¿Qué sofismas se han invocado? Aquellos mismos que Vds. proclamaban despues de tantos siglos. Como Vds., se ha pedido: *que se nivelen las condiciones del trabajo.* Como Vds. se ha declamado contra *la anárquica concurrencia.* Como Vds. se ha execrado el, «*dejad hacer*», es decir, la libertad. Se ha dicho como Vds.; que la ley no debia limitarse á ser justa sino que debia tambien ir en ayuda de la industria tambaleante, que debia proteger al débil contra el fuerte, que debia asegurar el provecho á los individuos á espensas de la comunidad etc. etc., en fin, el socialismo, segun la espresion del Mr. C. Dupin, se habia convertido en la teoria de la espoliacion. Hacia lo que Vds. habian hecho; lo que aun quieren hagan con Vds. y para Vds. los profesores de economia politica.

En vano es toda esa habilidad, Sres. proteccionistas, en vano es endulzar el tono, alabar vuestra generosidad latente y querer conquistar á nuestros adversarios por el sentimentalismo; en vano, Vds. no impedirán que la lógica sea lógica, Vds. no impedirán que Mr. Billaut diga al Legislador: «*Puesto que acordais favores á algunos, preciso es acordarlos á todos.*»

Ni podeis impedir que Mr. Crenier diga al Legislador: «*Puesto que enriqueceis al manufacturero, preciso es que enriquezcáis al proletario.*»

Ni impedirán que Mr. Nadeau diga al Legislador: «*Vosotros no podeis rehusar á las clases menesterosas lo que estais acordando á las clases privilegiadas.*»

Ni podrán Vds. impedir que Mr. Mimerel, vuestro corifeo, diga al Legislador: «*Dadme 25,000 primas para las cajas de ahorros de los obreros*» y que desarrolle su moción de este modo.

«*¿Por ventura es este el primer ejemplo de esta clase que se presenta á nuestra legislacion?*»

«*¿Podeis sostener en teoria que el Estado debe alentarlo todo, que debe abrir á su costa cursos de ciencias, que debe subvencionar las bellas artes y los teatros, que debe perfeccionar á las clases favorecidas ya por la instruccion gratuita, (la fortuna) distracciones de todas clases, el goce de las artes y el reposo de la vejez, y que todo esto se dé á aquellos que no conocen privaciones, haciéndoselo pagar con sus sacrificios á los que no tienen ni siquiera lo necesario y á quienes lo rehusais todo hasta las cosas mas indispensables de la vida?*»

«*Sres. nuestra sociedad francesa, nuestras costumbres y nuestras leyes, son de tal naturaleza, que la intervencion del Estado, por lamentable que sea, tiene que encontrarse en todas partes, y que nada parece estable, nada parece durable, allí donde el Estado, no muestra su mano. Es el Estado, quien fabrica las porcelanas de Sebres, y los tripes de los Gobelinos; es el Estado quien periódicamente y á su costa hace espocio-*

« nes de nuestros productos artísticos y manufactureros; es el Estado quien recompensa á los criadores de ganados y á los armadores de buques peleadores. Todo esto cuesta mucho, y por lo mismo es un impuesto que todo el mundo paga; *todo el mundo*, entendedlo bien! ¿Y de ello que bien directo reporta el pueblo? ¿Que le importa tan á él ni vuestras porcelanas, ni vuestros triques, ni vuestras exposiciones? El principio pues de resistir á todo lo que vosotros llamais estado impulsivo (*d'entraine-ment*) se concibe facilmente; por mas que aun ayer habais votado primas para el lino; se le concibe, pero á condicion de consultar á los tiempos y sobre todo á condicion de mostrarse imparciales.

« Si es cierto pues, que por todos estos medios que acabo de indicar, el Estado *aparece* hasta hoy, yendo mas directamente al encuentro de las necesidades de las clases pudientes que al de las clases menesterosas, es preciso que tal *apariciencia* desaparezca. ¿Cómo se hará esto? ¿Cerrando las manufacturas de los Gobelinos y proscribiendo nuestras exposiciones? Seguramente no; pero si, *dando al pobre su parte en esta distribucion de las riquezas.* »

En esta larga enumeracion de favores acordados á algunos á espensas de todos, se habrá podido notar la estrechada prudencia con que Mr. Mimerel, ha dejado en las sombras, los favores aduaneros, por mas que ellos sean la mas explicita manifestacion de la espoliacion legal. Igual reserva se han impuesto todos los oradores que le han apoyado ó contradicho.

« Es ser muy hábiles! Probablemente esperan al *dár al pobre su parte en esa distribucion de beneficios* salvar la gran iniquidad de que estan aprovechando y de la cual no dicen palabra.

Se engañan. ¿Green por ventura que despues de haber realizado la espoliacion parcial por medio de las instituciones de aduanas, otras clases no querrán á su vez, realizar la espoliacion universal por medio de otras instituciones?

Conozco el sofisma que para el caso tienen Vdes. siempre pronto; Vdes. dicen:

Los favores que la ley nos acuerda no son para el industrial sino para la industria. Los provechos que ellos nos permiten levantar á espensas de los consumidores, no son otra cosa que un depósito colocado en nuestras manos. »

« Nos enriquecen, es cierto, pero nuestra riqueza colocándonos en situacion de hacer grandes gastos y de dar vuelo audaz á nuestras empresas, recae como un rocío fecundante sobre la clase trabajadora. »

Tales son vuestras razones: y lo que yo mas deploro es que vuestros miserables sofismas han pervertido de tal modo el espíritu público que se les invoca hoy en apoyo de los procedimientos de la Espoliacion legal. Las clases menesterosas dicen á su vez:

« Dejados aprovechar legislativamente del bien ageno: Asi, teniendo con que, compraremos mas trigo, mas carne, mas paño, mas fierro etc. y lo que por medio del impuesto hayamos recibido, recaerá, como lluvia bienhechora sobre los capitalistas y sobre los propietarios. »

Pero ya lo he dicho, por hoy no quiero discutir las consecuencias económicas de la espoliacion legal. Cuando los Sres. proteccionistas lo quieran me encontrarán pronto á examinar sus *« sofismas por tres tablas »* que por otra parte se prestan y pueden ser invocados para los robos y fraudes de todas clases.

Limitémonos por hoy á los efectos políticos y morales que produce el cambio legislativamente privado de liber-

tad. El tiempo ha llegado, digo, de saber qué es la ley, ó por lo menos lo que debe ser.

Si quieren Vdes. que la ley sea para todos los individuos el *paladium* de la propiedad y de la libertad; si ella no es otra cosa que la organizacion del derecho individual de legítima defensa, funden Vdes. basado en la justicia, un Gobierno racional, simple, económico, que todos comprendan, amado por todos, útil á todos, sostenido por todos, con una responsabilidad perfectamente definida y lo mas limitada posible dotándolo de una solidaridad inquebrantable.

Si por el contrario se hace de la ley un instrumento de espoliacion en interés de algunos, desde luego todos querrán hacer la ley, y en seguida todos querrán hacerla en su provecho. De aquí vendrá el tumulto á las puertas del palacio legislativo, y habrá lucha encarnizada en el interior, anarquía en los ánimos, naufragio de toda moralidad, violencia en los órganos de los intereses, ardientes luchas electorales, acusaciones, recriminaciones, celos, ódios inestinguibles, fuerza pública puesta al servicio de las rapacidades y de las injusticias que debiera contener y reprimir; confusion de las nociones de lo verdadero y de lo falso en todas las inteligencias y confusion igual de las nociones de lo justo y de lo injusto en todas las conciencias, un Gobierno responsable de todas las existencias que plega bajo el peso inmenso de tal responsabilidad; convicciones políticas, revoluciones sin fin, ruinas sobre las cuales vendrán á posarse todas las formas del socialismo y del comunismo; tales son las plagas que pueden dejar de desencadenarse con la perversión de la ley.

Tales son por consiguiente Sres. prohibicionistas, las plagas á que habeis abierto las puertas, al servirlos de la ley para ahogar la libertad del cambio, es decir para ahogar el derecho de propiedad. No declameis contra los socialistas; vosotros lo sois. No declameis contra los comunistas; vosotros lo sois.

¿Y es á nosotros los economistas, á quienes piden Vds. que les construyan una teoria que los justifique y les dé la razon? ¡Pardiez! hacedla vosotros mismos si podeis.

FIN.

Historia de la Tierra.

Todo lo que vive en el Universo tiene por ley esencial modificarse, renovarse, reproducirse; el tiempo se lleva en su misteriosa fuga *todo lo que ha sido, para que todo lo que es* se levante sobre el pedestal del presente; pero el observador desentierra los restos que desparrama ese eterno fujitivo, los penetra, los compara, los coordina y llega hasta reconstruir moralmente lo que desde muchos siglos es una ruina y lo que es imposible físicamente reconstruir.

Este trabajo es tan instintivo que ha debido practicarse desde que la humanidad tuvo un pasado; la tradicion doméstica, primera historia humana, ha debido empezar desde que la memoria estuvo enriquecida con los recuerdos de los primeros hechos; la tradicion ha debido ser el alimento intelectual de los primeros hombres, como que ha debido responder á la primera transicion de la vida, operada al separarse una generacion de la que le seguia, y la primera transicion ha debido ser la primera impresion que motivase la atencion, la reflexion y el raciocinio.

Asi es que el estudio de la historia, en cuanto demuestra la sucesion de transiciones por que ha pasado la humanidad, es el que desarrolla mas completamente las facultades.

tades del alma, y si se hace razonadamente, no para imitar de un modo servil los hechos pasados, sino para comparar sus resultados con los esfuerzos hechos para conseguirlos, este estudio es el que resume á todos, donde todas las ciencias y artes se reflejan en la parte de mayor aplicacion que es la experiencia. Cuanto mas la historia toma el caracter de la tradicion es mas perfecta, por que esta se hacia en las discusiones motivadas para la empresa que queria acometerse y por lo tanto cada uno aducia un hecho que creia recordar, cada uno lo contradecia ó negaba su aplicacion; es de estas discusiones bajo la sombra del árbol sagrado ó de la tienda militar que surjia sancionada la *verdad tradicional*, esa historia viva, trabajada, criticada. El historiador hoy, ante un cúmulo de precedentes de la mayor consideracion, ante la riqueza de los conocimientos antiguos, tiene sin embargo que seguir el método intuitivo con que los primeros hombres trabajaron las tradiciones, y las detestables crónicas que artificialmente se han escrito por los eruditos que han desdenado ese método, no son confirmadas por esa verosimilitud que al traves de los siglos reclama la inteligencia para dar ascenso á la relacion, — separándose así toda la verdad que existe en la tradicion social y toda la mentira de la tradicion individual, como las tinieblas se separan de la luz.

Del mismo modo sucede con la historia de la tierra, de este ser vivo en cuyo seno palpitante vive á su vez la humanidad — ¡Cuán ajenos estarian los que quisieron legarnos la tradicion de sus erróneas concepciones sobre la tierra, de que algunos millares de siglos despues, la ciencia segura de sus descubrimientos, habia de desmentir esas inverosimilitudes apesar de resguardarse en el caracter sagrado de la religion! El libro cuya traduccion se acaba de dar á luz por la imprenta en que se publica este periódico, viene á vulgarizar en el pueblo esos descubrimientos de la ciencia para reconciliar la tradicion con la verdad, como los tratados de la historia política lo han hecho ya con la verosimilitud desconocida en la fábula.

Es con razon que se hace pertenecer á la *Biblioteca útil* este libro, por que no solo sacará al pueblo de la ignorancia en que vive respecto á ciertos fenomenos fisicos, sino por que le dará la base de algunas aplicaciones necesarias para el progreso de las artes, y para utilizar mejor sus trabajos en la agricultura, mineralojia, etc., por que aunque escrito compendiadamente encierra todos los puntos esenciales que se refieren á las ciencias naturales.

Como lectura, la Historia de la Tierra, no solo es instructiva y utilísima á todos, aun á los que se ocupan en los mas humildes oficios, sino del género mas ameno y recreativo que puede darse.

Esa narracion, justificada con pruebas fehacientes, de las transformaciones que ha sufrido la tierra, de sus estados de formacion, es tan interesante que aviva el deseo de estudiar todos los ramos que se relacionan con la astronomia y con la geologia — Además, no creemos que pueda haber novela alguna que sea mas amena y recreativa, por que la imaginacion del hombre nada puede inventar que compita con la imaginacion divina reflejada en esas peripecias de nuestro globo — En este libro todo es poesia y todo es verdad; todo está realizado bajo nuestros piés y al rededor nuestro, y sin embargo todo parece un brillante sueño.

En nuestros territorios donde la naturaleza está aun intacta por la mano del hombre, los conocimientos de este

estudio, que tan facilmente puede hacer el que guste, son de una constante aplicacion — Nuestro Museo, donde ya existe la osamenta fósil de un *Megaterium*, hallado á inmediacion del arroyo de Canelones y estraído por el Dr. Vilardebó, puede ser enriquecido, con muestras de sustancias terreas, que servirán en adelante para constatar el caracter y condicion de nuestro suelo, y cada ciudadano puede ser apto para apreciar esas sustancias, nada mas que estudiando detenidamente el precioso librito que se pone á su disposicion.

Felicitemos pues, al Editor de la « Biblioteca útil » por la buena eleccion de las obras que piensa dar á luz y por haberla empezado por la « Historia de la Tierra » que es la base de los demás conocimientos é incitamos al público á que adquiera esta clase de obras que solo exigen leer las primeras páginas para despertar el gusto por todas, pues mas bien que *Historia* es el *Poema de la Tierra*.

Sentimos que en esta ocasion nos falte tiempo para extendernos sobre el fondo de la obra pero lo haremos despues, con mas descanso.

X.

El Bandido.

Prolem sine matre creatam.

OVIDIO.

XVII.

Los últimos sucesos que hemos referido, como recordará el lector, pasaron en la estancia de Pascual, situada en uno de los valles inmediatos á la sierra que une los Departamentos de Minas y Maldonado y que es la mas considerable ramificacion de la gran serrania que atraviesa todo el territorio de la República. Mirada á la distancia, esa línea de cerros y de colinas, que sigue los mas graciosos contornos, parece una poblacion con sus torres y campanarios, elevándose en medio de frondosos jardines, sobre todo, cuando el sol prepara la aurora con sus lejanos reflejos ó cuando la noche se anuncia con su misterioso crepúsculo.

A medida que el observador se acerca á sus ondulaciones, parece que estas se ván abatiendo para hacer cómodo el tránsito, y la vejetacion vá haciéndose mas rara, para que los minerales se ostenten con la majestad que los siglos les han impreso. — Cualquiera creerá que la sierra concluye allí; que aquellas cumbres pedregosas rematan esa obra de la naturaleza, y que esa masa no encierra otra cosa que observar. Pero apartándose de los lugares donde el tránsito es practicable, penetrando en ciertos parajes en que los arbustos, las matas y enredaderas tapizan las mas escarpadas faldas, se descubren perforaciones ó conductos, lijaramente aclarados por un rayo de luz, que logra penetrar despues de haberse quebrado entre las hojas de las plantas, ó completamente oscuros en algunos parajes, en que plantas y piedras interceptan del todo aun ese pálido vislumbre. Algunos conocen á donde conducen esos difíciles caminos, por que han ido á buscar allí, esa noche en medio del día, esos techos en medio del desierto, disputando á las fieras la secular guarida donde se han reproducido desde los primeros tiempos de la creacion; algunos dejando tras sí las matas, la oscuridad y el precipicio para proteger su fuga, han penetrado en valles donde no se habia estampado otra huella que la de esas fieras y han hallado allí por un instante la tranquilidad, sintiéndose al abrigo de los hombres, para perderla pronto al sentirse

intuitivamente bajo el poder de Dios y la persecucion de los remordimientos.

Cada gruta de esas, cada subterráneo por donde un criminal se ha escurrido, cada valle donde ha reposado el cuerpo para que se agitasen el espíritu, está señalado con un nombre que demuestra, como es imposible que el mayor bandido, repose en medio de la soledad y entre el esplendor de la naturaleza, sin que su espíritu, sin preocuparse ya con el peligro pasado, no se preocupe con el mal que ha hecho, no conciba la existencia de un peligro, mayor por que es inevitable, terrible por que es indefinido; esos lugares están señalados con los nombres de las ánimas, de la virgen, de la viuda negra, de la cruz viva, que son otras tantas tradiciones que han sacado los fujitivos criminales del fondo de los valles y que ellos han recogido allí del ruido de las hojas, de los reflejos de la luna y sobre todo de los reflejos de sus mismos remordimientos.

Si un misionero cristiano, penetrado de la santidad de su mision, fuese al fondo de esas grutas, ó al interior de esos valles y esperase allí á esos fujitivos; si oculto tras de las matas le observase atentamente y cuando notase que se le erizaba el cabello y se le demudaba el semblante con la mirada fija en algun lugar, señal evidente de que tenia una vision y que el remordimiento le heria; si en ese instante le hiciese oír la voz del Evangelio y de la Divinidad, como un llamamiento á la reconciliacion, ese misionero conseguiria indudablemente el arrepentimiento del criminal y su completa redencion. La naturaleza física obrando sobre la moral, no puede producir sino una impresion momentánea, pero si la palabra aprovecha esa impresion, puede hacerla permanente y eficaz; las impresiones son como el golpe que abre el surco en el corazon; la palabra como la semilla que debe depositarse en él.

Veán pues, los sacerdotes, como aun existe accion para reproducir aquellos tiempos del cristianismo en que los misioneros conquistaban almas extraviadas por la ignorancia y el crimen. Que en Europa, los sacerdotes se limiten á orar en las catedrales, sentados en blandos sillones y revestidos de ricas telas y bordados, puede concebirse, pero que entre nosotros, donde una poblacion abandonada á si misma, está exigiendo la influencia de la iglesia militante, como la llaman los teólogos, es lo mas inconcebible que el clero crea llenar su mision, pontificando lujosamente en las Iglesias; que vayan á los montes y á las sierras; allí hay hombres que solo tienen el nombre de cristianos y que ignoran hasta lo que ese nombre significa, y por lo tanto es allí el teatro que reclama la accion del sacerdocio.

Volviendo á nuestra historia, seguiremos la huella de Amaro que despues de haber satisfecho su venganza, incendiando la casa y asesinando al capataz de la estancia, se alejaba á toda brida, volviendo el rostro para gozarse en ver los resplandores del fuego y para burlarse de todos cantando su provocativa copla.

No dejaba de comprender que pronto correrian tras él para aprehenderlo, de manera que empujaba su caballo hacia uno de esos lugares secretos de la sierra, desviándolo de los senderos trillados. Aun que demasiado jóven para tener yaquía en el terreno, Amaro tenia lo que suple á la experiencia en todo, ese poder de adivinar las cosas, esa perspicacia para comprenderlas á la primera mirada; facultades que desarrolladas y ejercitadas en un teatro espectral y con motivos sublimes se llaman *gênio*, por que en verdad el *gênio* no es solamente un don de la naturale-

za, — es este mismo don protegido por la suerte, impulsado por un gran egoismo y descaro, enalsado por un prestigio especial, coincidiendo en fin con una época determinada; sirviéndonos de una formula matemática, el *gênio* es el producto de las circunstancias y del espíritu privilegiado. Washington, fuera de los Estados Unidos y sobre todo entre nosotros, con todos sus dotes naturales, hubiera sido un pobre hombre. Napoleon sin el pedestal de la revolucion francesa hubiera sido un pigmeo, y Amaro instruido y al frente de los sucesos hubiera sido un gran hombre; no hay refran mas cierto que el de nuestros abuelos: *suerte te da Dios, hijo, que lo demás poco vale*.

No diremos pues, que Amaro era un *gênio*, sino que lo tenia, y merced á esta facultad habia comprendido al instante que desviándose del camino debia llegar á un paraje de la sierra donde podria ocultarse y ponerse al abrigo de sus persecutores.

En esta seguridad seguia su marcha, porque ya no creía necesario correr, llevando al tranco su caballo que sabia evitar por si mismo los obstáculos que la oscuridad de la noche no le permitia á él distinguir.

Cuando el sol empezaba á esparcir en las nubes sus alegres colores, Amaro se hallaba ya entre una de esas selvas semi-rastreras de arbustos y matas, de pajonales y espinas que visten las laderas escarpadas de la sierra; llevaba su caballo de tiro y marchaba con dificultad por entre aquella espesa vejetacion que no ofrecia senda alguna. No tardó en descubrir, por entre las hojas de unas enredaderas de *mburucuyá*, que la luz no penetraba allí, como entre los claros de otras matas y que por lo tanto ó era allí lo mas espeso del bosque ó habia algo particular. Acercóse á ese lugar, cortó con su cuchillo algunas ramas y entonces observando atentamente y palpando la masa de piedra en que se enredaba la planta, vió que era una gruta profunda por donde podia penetrarse con el caballo. Esto era cuanto el fujitivo necesitaba por lo pronto, de manera que un rayo de alegría inundó su semblante; trató de animar á su caballo á que lo siguiese palmeándolo y haciéndole oler yerbas de las que crecian en la gruta, pero con asombro suyo esta operacion tranquilizadora, que siempre produce buen efecto, alteraba mas al animal, que encabritándose y resoplando con fuerza, pretendia huir, temblándole todos sus músculos por causa del terror que experimentaba.

Amaro miró al rededor, observó atentamente el fondo de la gruta y no viendo nada alarmante, repitió varias veces la misma operacion, pero el caballo no se dejaba persuadir. Como era natural, agotados los medios pacíficos, hizo uso de la fuerza, aplicándole sendos latigazos; pero en ese instante la gruta se estremeció con un mujido espantoso, el caballo logró safarse y emprender la disparada quedando Amaro de pié en el mismo lugar, á la entrada de la gruta y pudiendo ver como brillaban entre esa misma oscuridad, los fosforescentes ojos de una fiera, que pudo distinguir bien pronto. Era un enorme tigre que sentado sobre sus patas traseras, movia la cola de un lado á otro, se lamia los hocicos y mostraba sus afilados dientes, no tan temibles como sus uñas que hundia entre la paja que le servia de alfombra.

Al mismo tiempo, por uno de esos efectos de acústica que tienen lugar en las sierras, sobre todo cerca de las grutas, oyó una voz humana que parecia murmurar á su oído: — *Chit! por aquí está, aquí va el rastro* — y otra voz que contestaba — *aquí está el caballo, ya lo tenemos!* — Amaro comprendió al instante cual era su situacion; si retrocedia caia en poder de la policia ó gendarmeria que

le acechaba; si avanzaba era devorado por el tigre. Sin embargo su rostro no se alteró un instante; cerciorado de que sus persecutores no le veían, apesar de haberles oído sus palabras, se sonrió desdeñosamente y con la calma mayor sacó el poncho que arrolló sobre el brazo izquierdo y armó su mano derecha con el cuchillo que le había servido para cortar las matas.

Ahora deberá escoger entre los dos peligros; veremos que es a lo que teme mas, si al furor de la fiera ó al furor de los hombres.

XVIII.

Amaro, preparado para una defensa desesperada, fijó su mirada resuelta en el tigre que á su vez le miraba entre enfurecido y receloso — Terrible situación aquella; un instante bastaba para decidirla, ni podia prolongarse mas, porque apesar de la atención con que nuestro joven bandido atendía al enemigo que tenia al frente, oía las pisadas, sobre las ramas secas, de los enemigos que tenia á sus espaldas; las miradas suyas se cruzaban con las de la fiera, como dos aceros que se contienen uno á otro en un momento de la lucha; cada una espiaba la ocasión de resolver el conflicto; la menor vacilación en uno ú otro era su muerte.

Amaro tenia la ventaja de que la poca luz que iluminaba la escena venia por su espalda, proyectando su sombra engrandecida sobre el fondo de la gruta donde se hallaba el tigre y este estúpido animal creia habérselas con un enemigo gigantesco. Derrepente el brillo de los ojos de la fiera desapareció y por uno de esos movimientos elásticos propios de ella, deslizóse sobre una de las paredes laterales de la cueva, gruñendo siempre pero sin dar muestras de tomar la ofensiva.

Entonces Amaro hizo igual movimiento escurriéndose sobre la pared opuesta de la gruta, de manera que la salida quedaba desembarazada y de un salto puso á retaguardia de su enemigo, que de otro salto evacuó la cueva.

Como el lector sabe perfectamente, lo que entre nosotros se conoce con el nombre de *tigre* no es este terrible animal, sino otro de su familia, el *jaguar* que cuando ha luchado ya con el hombre y devorado su carne, no es menos terrible que aquel. Afortunadamente para Amaro el que tuvo á su frente, no era *cebado* como llaman los paisanos á los que por el olfato conocen ya la debilidad relativa del hombre y le acometen sin miedo; era un jaguar que por primera vez se veía delante de una persona y podia ser burlado como hemos visto que lo fué.

En cuanto Amaro se internó en la gruta, ocupando el lugar que ocupaba antes el tigre, la guardia que le perseguía llegaba á la puerta de ella; la sorpresa de los soldados fué inmensa al encontrarse con un tigre en vez del joven á quien perseguían, y retrocedieron espantados — Amaro tuvo bastante flema para reír de esta aventura, pues pudo presenciar desde el fondo de su guarida, el susto y la fuga de sus persecutores; quedaba por consiguiente dueño del campo, apesar de haber estado hostilizado por todas partes y en una situación en que parecia imposible que se salvase. — Salíó tranquilo de su escondite y fué entonces que deploró la pérdida de su caballo; pero si esto no dejaba de ser un contratiempo para él, no parecia desanimarle y continuó su marcha orillando el bosque y observando el terreno para hallar sin duda un paraje oculto que le permitiese trasponer entre él y sus persecutores una buena distancia. No tardó en hallar una pequeña grieta, que sin embargo daba paso á una perso-

na, y por ella aventurose tratando de cerrar el paso con las mismas matas que separaba y de borrar sus huellas con el mismo pasto — Como esta operación era penosa y demandaba tiempo, el sol quemaba ya sus espaldas y la sed y el hambre le acosaban; por fin descubrió el término de la estrecha senda que atravesaba, y en él la entrada del valle magnifico, circundado por altas colinas pedregosas que se cerraban en lo alto á causa de gruesas piedras desprendidas de las cimas y que antes de caer se habían equilibrado unas con otras, formando así una bóveda natural; por entre sus intersticios se filtraba el agua de las vertientes que caía á veces en gotas cristalinas ó en chorros que parecían de plata; como por otras partes esta techumbre estaba completamente derrumbada, el aire y el sol penetraban y la vegetación era lujosa y fructifera; habia allí matas de frescos *araucos*, *mburucuyas* y otros frutos que Amaro conocia bien — Allí tenia pues, donde pasar el dia tranquilo y deliciosamente.

Después de haber apagado la sed y satisfecho el hambre, Amaro se durmió profundamente á la sombra de los arbustos que crecían en aquel invernadero natural.

El insomnio de la noche en que habia realizado su venganza, la fatiga de su fuga y la tranquilidad del lugar, concurren para prolongar su sueño; cuando se acordó era ya de noche; una completa oscuridad le rodeaba — Una tormenta espantosa se desencadenaba en el cielo; el trueno, el viento, el agua que caía, no ya en gotas sino como un torrente, todo formaba un concierto impresionable; el relámpago de cuando en cuando aclaraba fusticamente el valle y todo desaparecía después como si un abismo lo tragase.

Ante este espectáculo Amaro se estremeció de espanto; ese valor que no le habia abandonado en los mas críticos momentos del peligro que habia corrido, le faltaba ahora; habia reido en presencia de la amenaza de los hombres, pero temblaba ahora ante la amenaza de Dios.

Amaro no podia desprender de su memoria las llamas de la casa que habia incendiado, ni la sangre que le habia salpicado el rostro al asesinar al capataz — Un relámpago mas vivo y prolongado, producido por el desprendimiento de un globo de gas incendiado, que se elevó de un valle vecino, le deslumbró completamente; perdida la vision natural en sus ojos, no vió sino los objetos que estaban daguerreotipados en el fondo de su conciencia — la hoguera y el cadaver del capataz que habia inmolado á su venganza; al mismo tiempo sentia una mano que le asia del cuello y que le arrastraba y cayó sin sentido balbuceando palabras incoherentes.

La presión que Amaro sintió en el cuello, no era una ilusión; era en efecto una mano pegada á un brazo vigoroso la que le habia tomado, y la persona á que pertenecía, habia exclamado al mismo tiempo — Hola! bribonzuelo, creías escaparte!

El desmayo duró poco, y cuando Amaro volvió á sus sentidos, lanzó un grito de rabia y desesperación; acababa de reconocer á la luz de otro relámpago, al jefe de la partida que le perseguía; en vez de hallarse entre las garras de un resucitado ó de una *anima vengativa* como él creia, se hallaba en las garras de un hombre que sin su miedo supersticioso podria haber combatido.

Sin embargo, Amaro no desmayó; volvió á sentirse animado con su valor habitual; reconoció que conservaba un puñal y esto bastaba para tranquilizarlo.

(Continúa).

LOS INFIELES

COMEDIA EN UN ACTO.

TRADUCIDA DEL FRANCÉS Y ARREGLADA Á NUESTRA ESCENA

PERSONAJES.

JULIAN.	ERNESTINA, joven viuda.
LEONCIO, joven Coronel.	ADELA, hermana de Ernestina y también viuda.
MARTIN, criado de Julian.	CRÍADOS de la casa.

La escena pasa en un aposento de Ernestina, en el campo.

El teatro representa un salón que dá á un jardín que se aperece al fondo, con dos puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

ERNESTINA viene por la izquierda y camina hácia LEONCIO que llega por el jardín.

Ernestina — Buen día, mi querido Leoncio, sois puntual.

Leoncio — No es posible llegar demasiado pronto á vuestro lado — He recibido ayer vuestra carta — ¿Teneis cosas importantes que comunicarme? — ¿Qué ha sucedido?

Ernestina — Ah! amigo mio, casi no me atrevo á deciroslo!

Leoncio — Dios mio! esa espresion me hace temblar! Hablad, os lo suplico.

Ernestina — Ese hombre á quien detestais — oh! bien injustamente, os lo aseguro! — ese hombre con quien debia yo casarme hace seis meses, Julian, en una palabra, está aqui.

Leoncio — Aqui, en vuestra casa?

Ernestina — Ha llegado en la tarde de ayer.

Leoncio — Al fin, pues, voy á conocerle!... Ardo ya de impaciencia....

Ernestina — Pensad Leoncio en que me habeis prometido no cometer ningun desatino!... Escuchadme; os habiais alejado de mí; no habia conservado de vos sino ese dulce sentimiento que nos recuerda los placeres de nuestra infancia!... Habiendo enviudado, tuve ocasion de encontrar en la sociedad á Julian; me hizo la corte, le hallé amable....

Leoncio — Muy bien, señora, pasemos los detalles!...

Ernestina — Me pidió mi mano; las relaciones de fortuna, la reputacion de galanteria de que gozaba Julian, todo me determinó; ibamos á unirnos cuando la muerte de una tia le obligó á abandonarme; partió con la esperanza de no estar sinó un mes ausente!... Pero se le suscitó un proceso! — Seis meses discurrieron, durante los cuales volvisteis del ejército; os presentasteis en mi casa; recibí con placer al amigo de mi juventud.... muy pronto no sé que atractivo secreto nos atrajo uno hacia el otro.... me recordabais nuestra dulce amistad.... en fin, habeis tenido la desgracia de amarme, y yo la debilidad de responder á vuestro amor!... Ah! convendreis, señor, que en todo esto los errores no están de parte de Julian!...

Leoncio — Está al menos el de haber permanecido largo tiempo ausente!... no se parte en el momento de ir á obtener la mano de una preciosa mujer!

Ernestina — ¿Es falta suya? Podia preveer mi inconstancia?

Leoncio — Entre tanto, señora, supongo que no os casareis ya con él?

Ernestina — (alegremente) — Decid mas bien que no lo quiero ya!...

Leoncia — Pero, ¿qué vamos á hacer? Julian posee vuestra palabra.... ¿os ama siempre?

Ernestina — (riendo) — Es presumible!

Leoncio — ¿Es joven?

Ernestina — Sí, de vuestra edad, poco mas ó menos.

Leoncio — ¿Sus maneras son agradables?

Ernestina — Es simpático, amable, galante....

Leoncio — (con despecho) — Vamos, es preciso que le mate.... No veo otro medio de impedir la ejecucion de vuestro compromiso.

Ernestina — Seria el de quebrar todo vínculo entre vos y yo — Calmaos, Leoncio, yo lo quiero....

Leoncio — Calmarme!... cuando mi rival está en vuestra casa, cuando esta misma mañana, talvez, vá á reclamaros el cumplimiento de vuestra promesa, sin que tengais la fuerza de decirle: « Señor; yo os amaba hace seis meses, hoy ya no os amo, — así pues, todo ha concluido entre nosotros? » Pues eso seria muy sencillo!

Ernestina — Y sobre todo, muy honesto!...

Leoncio. — No, vos no dividis, oh no, Ernestina El ardor de mi alma apasionada!

Ernestina. — No quiero que una prueba peregrina Me haga llorar sobre una tumba helada!

Detened vuestra cólera insensata, ¿Podreis alimentar duda siquiera, Cuando inspirais esta pasion que mata Si del destino en la piedad no espera?

Leoncio. — No obstante, en otro tiempo os agradaba, Y hoy yo debo temer de su regreso....

Ernestina. — Solo lo estimo, y solo lo estimaba, Mas es esto de amor el embeleso?

Leoncio. — ¿Cómo poder confiar en vuestra llama, Y reposar en vuestra fé jurada? En breve acaso para fin del drama Os lleve audaz al ara consagrada!

Ernestina. — No seais, no, celoso Tened en mi confianza!...

Leoncio. — Será, sí, vuestro esposo, No tengo ya esperanza!

Ernestina. — Contad, sí, con mi amor; El odio os estraviará; No, nada nos separa, Oidme, por favor!

Leoncio. — Ah! sufrireis la ley, De este himeneo, cara; Si todo nos separa Podré insensible ser?

Ernestina — En verdad, no se puede haceros entender la razon! Pero vienen.... es mi hermana.... no quiero que nos halle juntos, no habiendolos visto llegar — Id al jardín; pronto iré á reunirme á vos; pero, os conjuro á ello, no cometais desatinos.

Leoncio — Voy á pensar en los medios de libraros de vuestra promesa; os aguardo con impaciencia!

Ernestina. — Id, id — (sale Leoncio por el fondo) Ah! tendré gran trabajo en hacerle prudente.

ESCENA SEGUNDA.

ERNESTINA, ADELA.

Ernestina. — Ah! aquí está mi querida Adela.

Adela. — Vengo de recorrer toda la casa.

Ernestina. — Y bien! ¿como la encuentras?

Adela. — Encantadora! Me agradaba desde hace ya mucho tiempo.

Ernestina. — Bien vale esta morada la que antes habítas tú.

Adela. — Si, en época algo distante.

Ernestina. — Qué semejante ha sido nuestro destino, Adela! ambas casadas por nuestros parientes con jóvenes que apenas conocíamos, ahora estamos viudas y dueñas de nuestra suerte. Pero estoy cierta de que tu perderás pronto tu libertad. Eres tan dulce, tan sensible! Antes de poco, apostaría, tu corazón se dejará enternecer!...

Adela. — Pero tú, tan viva, tan atolondrada! ¿no vés de nuevo á casarte?... *Julian*, con quien hace seis meses debías unirte, ha llegado ayer.... y en breve sin duda....

Ernestina, embarazada. — Oh! tenemos tiempo.... desde hace seis meses he perdido de vista á mi futuro, y al menos es preciso renovar conocimiento! Quisiera saber si merece siempre mi inclinación,.... si su carácter puede hacerme feliz.... Tú, mi querida Adela, tú le conoces ahora mas que yo, pues dirigiéndose Julian á la residencia de su tia, situada cerca de la tuya, le di una carta de recomendación para mi amable hermana, ¿le habrás visto con frecuencia?

Adela. — Sí.... oh! muy frecuentemente!...

Ernestina. — Y bien! Qué piensas de él?

Adela, vivamente. — Ah! mucho bien!

Ernestina. — Sin emhargo, debe haber contraído defectos!

Adela. — No se los he conocido....

Ernestina. — Hombre sin defectos!.... eso no es posible.... En la soledad que rodea tu casa, has tenido tiempo de estudiar su carácter.... habla, te lo ruego!...

Adela. — Te lo repito, me ha parecido agradable, solícito, de un humor siempre igual, y creo que una mujer seria muy feliz con él.

Ernestina. — (Ap.) — Es pues, un hombre perfecto! Qué desgraciada soy!

Adela. — Pero Ernestina, ¿por ventura no piensas tú de él lo que acabo de decirte?

Ernestina. — (Con embarazo) Oh!.... sin duda!.... Pero espero gente, y tengo algunas órdenes que dar.... te dejo, mi buena amiga (Aparte) Vamos á ver al pobre Leoncio: en verdad, no se como acabará todo esto!.... (Sale).

ESCENA TERCERA.

ADELA sola.

Crée en la constancia de Julian!.... mientras que ahora es á mi, á quien él jura el mas tierno amor!.... Ah! mi pobre hermana, si supieses esto!.... Es mal hecho en mi amar á su pretendido, pero tambien, ¿por qué enviármelo con una carta de recomendación?

En vano defenderme yo he querido,

Que el amor hace oír su íntima voz,

Y el corazón á su poder movido

Obedece á esa ley sin escepcion.

Julian es, sin disputa, el mas culpable

Porque en él, todo sabe cautivar;

¿Debió acaso mostrarse tan amable

Y de mí pretender hacerse amar?

En vano le rogaba yo, incesante,

Que me hablase con menos interés:

Al prometérmelo, era tan tocante

Su mirada, y tan llena de embriaguez!

En vano defenderme yo he querido,

Que el amor hace oír su íntima voz,

Y el corazón á su poder movido

Obedece á esa ley sin escepcion!

ESCENA CUARTA.

ADELA, JULIAN.

Julian. — Ah! Os encuentro al fin mi querida Adela; cuan largo me parecia el tiempo sin poderos hablar!

Adela. — En efecto, desde esta mañana, apenas si os he apercibido!....

Julian. — No me he atrevido á abandonar mi aposento! Temia encontrar á vuestra hermana.

Adela. — Acaba de dejarme, hemos tenido una larga conversacion á vuestro respecto.

Julian. — Qué os ha preguntado?

Adela. — Quería saber si habiais sufrido algun cambio desde seis meses acá.

Julian. — Y qué le habeis dicho de mí?

Adela. — Lo que pienso, mucho bien!

Julian. — Habeis hecho mal! Debiais haberme atribuido mil defectos, hacerme caprichoso, inconstante, jugador, en fin, un mal sujeto! Era este un medio para inducir á romper nuestro matrimonio.

Adela. — Nunca hubiera podido acertar á decir todo eso. Pero vos ¿no le hablareis sin rodeos?

Julian. — Llegado desde ayer unicamente, no me he encontrado aun solo con Ernestina, pero esa ocasion no puede demorar, y os confieso que tiemblo de antemano al pensar en esta conversacion!

Adela. — Hé ahí los hombres! indecisos cuando llega la hora de decir la verdad, no lo están jamás cuando se trata de engañar ó de seducir!....

Julian. — Espero aquí á Martin, mi criado, que dejé en la ciudad, en mi último viaje — No conoce nuestro amor; sin eso, hubiera hallado ya mil expedientes para sacarnos de esta situacion.

Adela. — Ah! Julian, sereis causa de que pierda la amistad de mi hermana!

Julian. — ¿Por qué? No es á vos á quien puede culpar.

Adela. — Vos sabeis que os amo á pesar mio!

Julian. — Y yo, juro no adorar jamás sino á vos!

Adela. — Veremos si me sois tan fiel como á mi hermana.... (El la besa la mano — Ella sale).

ESCENA QUINTA.

JULIAN solo.

Adela hermosa!.... si, le seré fiel!.... Pero cómo romper este compromiso?... cómo decir á una mujer amable, linda y espiritual, que se ha extinguido la pasión que en otro tiempo inspirára?... Es situacion difícil!....

(Con espresion dolorosa).

Al lado de mujer interesante

Se experimenta un dulce sentimiento,

Y amarla con amor firme y constante

La jura el corazón en un momento.

Forja uno en su pasión tan extremada

Llevar esa constancia hasta la muerte;

Tan de prisa se dice: «Eres mi amada!»

«Os engaño», jamás se dice fuerte.

Mas de otra bella á la beldad y acento

Latir veloz el corazón se siente,

Y de fidelidad el juramento

Cede al ardor de la pasión reciente.

¡Cuando ya no es el de antes el amante,

Cuánta es, su indecision y su embarazo!

Si ya no dice: «os amo», palpitante,
¿No se adivina lo que calla acaso?

Pero vienen... es Ernestina... Qué hacer? Vamos, coraje. Huirle sería una imprudencia... nos quedaremos, y trataré de averiguar si sus sentimientos son siempre los mismos.

ESCENA SEXTA.

[JULIAN, ERNESTINA.]

Ernestina — (aparte, entrando) — Julian! vamos, no hay medio de evitarle. (Yendo á él.) Ah!... os buscaba, señor.

Julian — Y yo también, señora.

Ernestina — Quería saber si nada os ha faltado en esta casa, — si el aposento que se os ha destinado os ha parecido agradable.

Julian — Sois demasiado bondadosa!... habitando cerca de vos, no se puede estar sino bien!

Ernestina — (aparte) — Siempre galante!

Julian — (Aparte) siempre linda!

Ernestina — ¿Habeis venido solo? Y vuestro fiel Martin?

Julian — Le he escrito que viniera á reunirse; debe recibir de mi banquero fondos que destino á una adquisición en este país.

Ernestina — Notais que durante vuestra ausencia me he retirado del torbellino de los placeres? Hace cerca de cuatro meses que habito en esta casa.

Julian — Creía que no apeteciais el campo!

Ernestina — La ciudad me fastidiaba... Y vos, Julian, ¿qué habeis hecho desde hace seis meses?

Julian — Lanzado en todos los detalles de un proceso!... no marchaba sino acompañado de un empleado de policía ó de un procurador!

Ernestina — Ah! ah! — amable compañía!... habreis hallado largo y pesado el tiempo?

Julian — Pero... en efecto, no veía la hora de llegar á vuestro lado.

Ernestina — (Aparte): Ah, Dios mio! Ya llegamos al punto...

Julian — (Aparte). No sé que decirle....

Ernestina — Entonces, pensais algunas veces en mí!

Julian — Lo duraréis?... Pero vos?....

Ernestina — (Con despecho). Oh! todos los dias!... señor, todos los dias, os aseguro!

Julian — (Aparte, con pesar). No hay duda, me es fiel!

Ernestina — (Aparte, alejándose de él). Vamos, me adora... qué desagradable!....

Julian — (Aparte). Sin embargo, no puedo dejarme amar.

Ernestina — (Aparte). No obstante, es excusable.... (Se aproximan) Así, señor....

Julian — Señora!...

Ernestina — Vuestro viaje no ha cambiado vuestros sentimientos?

Julian — ¿Podrías pensarlo? (aparte) Jamás osaría decirle la verdad. (alto) Pero durante mi ausencia, muchos rivales me habrán envidiado vuestro amor?....

Ernestina — Oh! no los tenéis!... (Aparte) Jamás tendría el valor de confesárselo....

Julian — (Aparte) Mis negocios van muy adelantados!...

Ernestina — (aparte) No hay ya que decir — Será necesario que me case con él. Ah! apércibo á Leoncio! viene á propósito....

ESCENA SEPTIMA.

Los precedentes, LEONCIO.

Ernestina — Ah! por fin estais aquí, señor! empezaba á temer que hubieseis olvidado vuestra promesa!

Leoncio — Olvidar venir á veros, Señora! no es eso posible.

Ernestina — Julian, os presento á Leoncio... mi amigo... de infancia... que quiere olvidar algunas veces aquí los placeres de la capital!... (A Leoncio) El señor es... aquel de quien me habeis oído hablar con frecuencia....

Leoncio — Sí, señora, sí, recuerdo... (Bajo) Estabais solos!

Ernestina, (Bajo) Callaos!... (Alto) El dia es magnifico; si sois de mi opinión, señores, lo aprovecharemos para dar un paseo por los jardines.

Julian — Estamos á vuestras órdenes, señora.

Leoncio, á Ernestina. — Cómo van nuestros amores?

Ernestina, (Bajo) Muy mal! (Alto) Voy á ver si mi hermana está dispuesta á acompañarnos; me permitis que os deje....

Julian — Ah! señora; aquí no estamos donde parece que es efecto de un convenio el estorbarse!....

ESCENA OCTAVA.

JULIAN, LEONCIO.

Leoncio, aparte — Muy mal, ha dicho: esto si que es tranquilizador!... este hombre es demasiado buen mozo para rival!

Julian — El señor gusta del campo á lo que veo?

Leoncio, con intencion marcada — Señor... me agrada mucho esta casa!... y vengo á ella muy frecuentemente!

Julian, tranquilamente — Me parece en efecto muy agradable y se dice que las cercanías son encantadoras....

Leoncio — No lo he notado.

Julian — Los bosques vecinos deben ser abundantes de caza.... El señor será sin duda aficionado á la caza?....

Leoncio — Nunca cazo, señor.

Julian — Por otra parte, la presencia de Ernestina bastaría por sí sola para embellecer esta morada; hace ella los honores con tanta gracia!....

Leoncio, vivamente — Oh! es una mujer!...

Julian — Encantadora....

Leoncio — Adorable, señor!

Julian — Su conversacion es tan picante....

Leoncio — Jamás me canso de oirla!

Julian, friamente — Lo creo!

Leoncio — Quisiera estar siempre al lado de ella!... Así es que la busco apresurado. Hallo que abre nuestra los mas dulces sentimientos....

Julian — Soy absolutamente de vuestra opinion....

Leoncio, aparte, con despecho — Qué hombre!... Por nada se enfada! (Alto) El señor es el que debía casarse, hace seis meses, con la señora!....?

Julian — Sí, señor, yo mismo.

Leoncio — Y pensais que será próxima esa union?

Julian, con indiferencia — No puede tardar!...

Leoncio — Piensu el señor casarse en esta casa?

Julian — Aquí ó en otra, eso dependerá absolutamente de la voluntad de la señora — Acaso cuenta el señor hacernos el honor de asistir á nuestro himeneo?

Leoncio, con violencia — Sí, señor, sí, asistiré.

Julian — Será muy amable eso de vuestra parte.... Conoceis á la señora desde hace algun tiempo?

Leoncio — Sí, señor, desde hace mucho tiempo.

Julian — No me acuerdo, sin embargo, de haber tenido el placer de veros antes de mi viaje.

Leoncio — Estaba entonces en el ejército; pero durante vuestra ausencia he visto á Ernestina con mucha frecuencia! . . .

Julian — Estoy encantado de ello. . . . Espero que vuestra estacion aquí se prolongará algun tiempo?

Leoncio — Es esa mi intencion.

Julian — Esto me proporcionará el placer de ligar conocimiento con vos. . . .

Leoncio — Sois demasiado bondadoso. . . . (Ap.) Tiene toda la política de un marido! . . . (Alto) Pero estas señoras no vienen. . . . voy á informarme si el paseo tiene siempre lugar. . . .

Julian — Os esperaré en estos lugares. . . . (Se saludan)

Leoncio, aparte — Vamos, no hay medio de querellar con este hombre. (Sale).

(Concluirá).

LA HOSTERIA DEL ANGEL GUARDIAN.

Traducida del francés.

(CONTINUA).

XXIV.

MISTERIOS

El notario á quien el general habia llamado llegó al dia siguiente muy temprano. El general se encerró con él durante largo tiempo.

— No olvideis, le dijo al despedirlo, que sois de la boda y sobre todo de la comida, comida de la casa de Chevet. No os inquieteis por vuestro alojamiento que yo os lo proporcionaré.

— Pero, general, le dijo en voz baja la señora Blidot; no tenemos ya lugar.

— Ta, ta! Yo haré lugar, pues yo soy quien lo alojo y no vos.

El notario saludó y partió. El general se frotaba las manos como de costumbre y sonreía con aire maligno.

— Bellos son esos prados que limitan vuestro jardín! dijo acercándose á una ventana que daba al jardín. Y el bosque que se halla á la derecha, y el rio que serpentea en medio. ¡Qué lástima que no se halle á venta!

La señora Blidot y Elfy no respondieron — Estaba en venta efectivamente; tambien el maligno general lo sabia hacia ya una hora, como sabia que las hermanas carecian de los fondos necesarios para comprarlos. Se necesitaban veinte y cinco mil francos y no tenían mas que tres mil.

— Es lástima, continuó el general. Qué lindo regalito os haria! Si un estrangero llegase á comprarlo podrá edificar al estrémo de vuestro jardincito é impedirlos gozar del agua, incomodándoos de mil modos. ¿No es cierto Montier?

— Es cierto, mi general, y no diré que no tengamos deseos de hacer esa adquisicion — Si Elfy consiente yo destinaré á ella la suma que debo á vuestra bondad.

El general sonrió maliciosamente; todo lo habia previsto, y el notario tenia orden en caso de demanda de responder que todo estaba vendido.

Desde ese dia el general observó una conducta misteriosa que sorprendió á los habitantes del Angel Guardian. Envió á Domfront por un cabriolé tirado por un vigoroso caballo y subia en él todos los dias después del desayuno, no regresando sino de tarde. Habitualmente hablaba á solas con el conductor; algunas veces llevaba con él al cura.

Mas de una vez preguntaron al conductor dónde llevaba al general, pero no lograron hacerle hablar.

Una nueva sorpresa para la aldea fué, pocos dias después de la visita del notario, ver llegar una multitud de obreros que se establecieron en la posada de Bournier, empezando á trabajar en ella con tal ardor que en ocho dias operaron un cambio completo. El frente fué revocado y blanqueado; una linda grada de piedra sustituyó á los viejos y apolillados escalones que en otro tiempo habia. Toda la casa fué reparada; el patio agrandado y aseado; las caballerizas, el establo de puercos, la leñera, el lavadero, las bodegas, los graneros, arreglados y limpiados — Carradas de muebles y objetos necesarios á una posada llegaban todas las tardes, pero nadie veia lo que contenian, pues se esperaba á la noche para descargarlos y entrarlos.

Lo mismo sucedia en los prados y los bosques que limitaban la propiedad del Angel Guardian. Una multitud de obreros trazaban caminos y establecian bancos y colocaban macetas de flores, edificando puentes sobre el arroyo y regularizando sus márgenes. En frente del Angel Guardian construyeron un embarcadero cubierto al cual por una cadena se ligaba un bello bote de paseo. Cada dia agregaba un nuevo atractivo á ese bien codiciado por Elfy y Montier, y cada dia se deshojaban mas sus esperanzas, pues aparecia evidente que habia sido recientemente comprado.

— Querida Elfy, dijo Montier, no deseamos lo que no tenemos; ¿no somos muy felices con lo que nos ha dado ya el buen Dios? Por otra parte para mí, la felicidad que ambiciono se encierra en vos; lo demás es poca cosa.

— Teneis razon, amigo mio, y yo daria todos los bosques y todos los prados del mundo, por conservaros á mi lado. Me hallo solo contrariada por no habernos acordado antes de comprar eso de que hoy nos vemos privados para siempre.

— Es justamente lo que yo pensaba, mis pobres amigos, interrumpió el general que entraba en ese momento después de haber examinado los trabajos que marchaban con una rapidez extraordinaria. Tendrais allí una propiedad encantadora.

— Perdon general, si os observo que será mejor no aumentar el disgusto de mi pobre Elfy; es muy joven aun, y facil es exitar su imaginacion.

— Bah! Bah! No decia ella hace un instante que vos ocupais el lugar de todos los bosques y de todos los prados? Vos sois para ella la sombra de los bosques, la frescura de los arroyos, el sol de los prados! Ah! Ah! Veo que Montier se enfada de que yo no haga geremiadas con su Elfy, y Elfy de que me mofe de sus suspiros y de sus pesares. Hasta mas ver mis amigos; tengo que hacer.

— ¿Sabeis, dijo Elfy, cuando el general hubo partido, á Montier que estaba de mal humor con las ocurrencias del general, sabeis que el general está insoportable desde hace algunos dias? me alegro de que se haya ido.

— Es bueno, pero algo terco, mi amiga. ¿Qué hacer? — es su natural. Preciso es sufrirlo y no olvidar el bien que nos ha hecho.

XXV.

EL CONTRATO.

El dia de la boda se aproximaba. El general no estaba en un lugar fijo, salia y entraba veinte veces por dia. Hizo traer una porcion de cajas de la posada de Bournier; habia querido enargarse del vestido, el velo y toda la toilette de la novia y habia enjido de Montier que se li-

ciese hacer en Domfront un uniforme de zuavo de paño fino, á cuyo efecto le llevó él mismo al taller de uno de los mejores sastres. La colocacion de los diez mil francos de Torchonet se realizó, como igualmente la entrega de los ciento cincuenta mil francos al cura con destino á la reparacion de la iglesia, y á la edificacion del hospital. Las cajas del ajuar y presentes habian llegado. A escepcion de las que contenian las galas de boda, que el general reservaba para el último momento, las demas fueron abiertas con alegria de Elfy que perdonó al general sus anteriores ocurrencias y con satisfaccion de los demas, especialmente de los niños que ayudaban á arreglar todo con exclamaciones de alegria.

De tiempo en tiempo y so pretexto de tomar el aire, el general corria á la posada de Bournier — La posada parecia un hormiguero; los obreros eran mas numerosos que antes y trabajaban con una rapidez creciente.

La señora Blidot se inquietaba al aproximarse el dia designado para la boda, sin que se hubiese hecho preparativo alguno. Cuando habia querido ocuparse de ello, el general se lo habia impedido.

— Pero general, insistia aquella, ¿no es preciso que al menos se preparen mesas, vajillas, refrescos, iluminaciones?

— Muy bien, mi querida amiga, respondia aquel; tranquilizaos que todo eso corre de mi cuenta.

— Pero por el amor de Dios, general, dejadnos hacer nuestras invitaciones, pues de otro modo nos haremos de tantos enemigos como amigos tenemos actualmente.

— Bah! bah! — no penseis en eso — Yo soy quien arreglo, invito, etc., etc. — Dispensadme amiga mia, pero tengo necesidad de salir y de tomar aire.

Y el general se dirigió apresuradamente á lo de Bournier — Los obreros habian concluido su mision — Acababan de levantar y fijar sobre la puerta principal una gran muestra, enteramente cubierta y oculta por una espesa tela — Muchas personas, atraídas por la curiosidad se habian agrupado en frente de la muestra — El general se aproximó al grupo con aire indiferente —

— ¿Qué es eso? preguntó — Qué representa esa muestra cubierta?

— No lo sabemos general, respondió uno que como otros muchos le conocian ya. Pasan cosas muy singulares en esta posada, desde hace ocho dias.

— Será con motivo del proceso, aventuró el general.

— Eso dicen algunos, observó una mujer — Suponen que los Bournier van á ser condenados á muerte y que se prepara la posada para que la ejecucion tenga lugar en la habitacion en que hubieron de asesinaros, general.

El general logró comprimir las ganas de reir que le asaltaron. Agradeció los datos que le habian dado y continuando su paseo, entró á la posada por los fondos, sin ser visto de nadie. Aprobó todo y despues de animar á los que preparaban diversas cosas en el interior, se evadió sin ser apercibido de los habitantes de Loumigny.

La madre.

La madre, es sí, el tema que tomamos para reposar sobre él nuestros pensamientos y darles cuerpo, é inmortalizarlos, por medio de la palabra escrita.

Inmortalizarlos? — A nada menos aspiramos. ¿Porqué no? — O vivimos en medio de una sociedad cuyos hombres sin distincion de edades — la juventud en primer

rango — saben apreciar el espíritu que á nuestra pluma guia y entonces, nuestros conceptos serán aplaudidos y por consecuencia consagrados, ó no siendo asi, adquiriremos una superioridad incontestable al elevar nuestra voz para anonadar al ingrato que á esa sociedad ultraje, al despreciar la inspiracion de amor con que alma naturaleza inundó el pecho donde late el corazon de madre.

La madre! Tema es ese para escribir, que otro mas fecundo en bellezas que á la humanidad enaltescan, no se presentara no, al espíritu de mas atrevida concepcion.

La madre, es al hijo, á la familia, lo que la Providencia divina es al universo — Su amor es acendrado, perpétuo é imperecedero, como el amor que á la creacion incuba y ameniza la existencia de los seres.

El amor de madre se hace perceptible al hombre, desde que éste, impotente, se agita en su regazo. El amor de madre guia sus primeros pasos, en zozobante cauteloso anhelo. El amor de madre se manifiesta en elevada esfera, cuando de su lábio se desprenden las primeras palabras nobles que el oido del hombre hieren — En el amor de madre residen la moral y la razon en ejercicio y solo pudo comunicarse, en su acendrada esencia, al soplo misterioso de ignota, bienhechora Providencia — Amor de madre sigue, con indeleble recuerdo al espíritu inmortal del hijo, que se lanzó á los espacios en busca del foco que á la materia anima!

Sublime dotacion fué la del amor con que alma naturaleza distinguió á la madre!

Preguntad á ese hijo digno, en que consisten los goces mas nobles de su vida y os contestará: « En el amor que mi madre me profesa ».

« Y siendo tan benéfico ese amor os sentís impulsado á corresponder á él? »

« Dificil cosa es, pero procuro concentrar todas las facultades de mi alma, para vencer la dificultad! »

El amor de madre, inteligente y cuasi profético como es, prepara el espíritu del hijo para recibir las prescripciones que forman el buen ciudadano.

Los buenos ciudadanos constituyen el honor y la gloria de la Pátria — Luego, gloria y honor, en su origen, fueron emanaciones del amor de madre!

RODOLFO.

La Libertad.

Á NICE

(Traducción de Metastasio)

Dedicada á la Señorita P. A.

Merced á tu perfidia

Al fin respiro, oh Nice,

Al fin de un infelice

El Dios tuvo piedad!

El alma mia quiebra

Su cruenta ligadura;

No es sueño mi ventura,

No sueño libertad!

Amortiguóse el fuego

Y está tranquilo el pecho,

Ni sombra de despecho,

Reemplaza á la pasion.

Cuando hoy tu nombre escucho
No cambio de semblante
Ni á tu mirada amante
Ya late el corazón.

Ya no eres el objeto
De mi dorado sueño;
Despiértome risueño,
No es tuyo mi pensar.

Me alejo y no me sigue
Punzante sentimiento,
Que junto á tí no siento
Ni dicha, ni pesar.

Sin emoción escucho
Tu fama de hermosura,
Recuerdo mi amargura
Sin cólera ni afán.

Turbado no me siento
Si vienes á mi lado,
Y hablar de tí me es dado
Hasta con mi rival.

Ya míresme enfadada,
Ya me hables con dulzura,
Son vanos, criatura,
Tu enojo ó tu afección.

Perdieron ya su imperio
Los dulces labios rojos,
No saben ya tus ojos
Llegar al corazón.

Lo que hace mi destino
De duelo ó de ventura,
No es ya, no, tu ternura,
No es ya, no, tu rigor.

El prado y la floresta
Disfruto hoy en tu ausencia,
No escapo á la inclemencia
Merced á tu favor.

Escúchame sincero:
Aun me pareces bella,
Mas ya no eres aquella
Belleza sin igual.

Verdades no te ofendan,
Que en tí noto ahora, vivos,
Defectos que atractivos
Ayer llegué á adorar.

Oye — al romper tus lazos
Confieso vacilaba,
Mi corazón temblaba,
Y aun me creí morir.

Mas por salir, ya libre,
Del insondable abismo,
Volviéndome á mi mismo,
Bien pude así sufrir.

Un pájaro que incauto
A veces, se aprisiona,
Las plumas abandona
Mas sale en libertad.

Mas tarde aquellas, plumas
Recobra, y la prudencia
Fruto es de la experiencia
Difícil de engañar.

Yo sé que tu no crees
El fuego aquel estinto,
Porqué el desden te pinto,
Mas no puedo callar.

A hablar me exita, Nice,
Impulso no sabido
Que lleva al que ha sufrido
Sus riesgos á evocar.

Después de la batalla
Fatídica y siniestra,
Así el guerrero muestra
Su intensa cicatriz.

Recuerda así el esclavo
Ya libre de su pena,
La bárbara cadena
Que ayer llevó infeliz.

Hablo, mas hablo solo
Por que el hablar no cuesta,
Y sin saber si presta
Nice á mis voces fé.

Hablo mas no pregunto
Si llega á tí mi acento
O en brazos del contento
Te burlas como ayer.

Dejo la infiel; tú pierdes
Un corazón sincero,
No sé de ambos, primero
Quien se consolará.

Yo sé que un fiel amante
No encuentra la traidora,
Aunque otra engañadora
Muy fácil es hallar.

1863.

A.

Poesia.

El Sr. D. Pedro J. Varela nos pide la publicación de la poesía siguiente que ha tomado del Album en que fué colocada, valiéndose de la amistad que lo liga al autor y en justo homenaje á la señorita que la ha inspirado.

Le cedemos con gusto un espacio en nuestro periódico y no nos detenemos en su apreciación porque el juicio que ya hemos formado de una poesía del Sr. Ramirez puede ser extensivo á todas las demas, brillando en ellas la inspiración verdadera que es la cualidad esencial de toda poesía.

No nos satisface tanto, sin embargo, esta composición, como la que anteriormente hemos publicado, y hallamos en ella lunares que sin duda el autor será el primero en no-

tar. Esos lunares, empero, no empañan su belleza, porque hay defectos que están revelando al poeta.

A. DE V.

A CHELA

EN SU ALBUM.

I.

No es cierto, niña, que la aurora humana
Sea una edad de dicha, de alegría,
De encantos y de flores.
No es cierto, no, que en juventud temprana
Al virgen corazón todo sonría

Con májicos colores.

Todo es hermoso a la primer mirada!
El sol apareciendo en lontananza
Con rayos purpurinos!

La brisa de ilusiones perfumada,
Y el alegre cantar de la esperanza

Con armoniosos trinos!

Pero ¡ay! el sol naciente de esa aurora
Se llama la experiencia. . . Luz que mata!

Inadición sombría!

El disipa la flor perfumadora
Y la algazara de las aves grata

Con su mirada impia.

Vive el alma de sueños coronada,
Y dilata sus sueños al espacio

Con cándida sonrisa.

Nace el sol! y en la tierra iluminada
Donde esperaba ver, blanco palacio

Un feretro divisa.

Esa es la aurora del vivir risueña!
Sentir así de validad pesada

El yugo en nuestro cuello!

Esa es la aurora con que el hombre sueña,
Esa es la tierra del placer regada.

Banquete de lo bello!

Y tu disfrutas de él; y dime — acaso,
Aun no empapa tu faz el tierno lloro.

De las primeras penas?

Acaso el sol en su quemante paso
Aun no agostó tu pecho, ese tesoro

De amor y de azucenas?

Responde. No es verdad, ángel de amores,
Que algún rayo ha perdido de tu frente

La luz encantadora?

Confésalo sin cándidos temores. . .
La vida es llanto. . . corazón que siente.

Es corazón que llora!

Dí que has perdido una ilusión risueña
Al encontrarte con el mundo frío.

El mundo indiferente.

Como la mar con la soberbia pena,

Como el águila audaz con el vacío.

Como con Dios, la mente —

Dilo y eleva con orgullo canto,

Despreciado del mundo la alegría,

Tu frente al hacedor:

Dilo y escucha el amistoso canto
Que ausente de su patria a ti te envía
Un pobre soñador!

II.

Si quieres en la tierra, cruzar inmaculada,
Purísimas las alas, la frente coronada,
Con la diadema santa, del ángel del Señor;
Conserva en el santuario, de tu alma delicada,
Tus sueños ideales, tu cándida ilusión.

Si todo en esta tierra maldita es impureza
Si todo al fin, perdiendo la cándida pureza
Se mezcla con el polvo, gravita al lodazal,
Que la muger al menos, la flor de la belleza,
Conserve su bendito, perfume virginal.

Cecilia, sueña siempre! Los sueños delicados
Son Brisas peregrinas, de nuestro eden que fué.
Tus sueños algún día, veránse realizados. . .
En donde? Eso no importa. . . quizás en el eden.

CÁRLOS MARIA RAMIREZ.

Buenos Aires, Enero 1º de 1865.

La resignacion.

IMITACION.

— Qué es lo que haceis en indolente lecho
Con los brazos cruzados, é inclinada
La desnuda cabeza sobre el pecho?
— Ah! mi vida en dolor se halla anegada!

— Pues un doble infortunio mas ingrato
Si no podeis remedio ya, os espera.
— Cúmplase de los cielos el mandato,
Que es la resignacion mi compañera.

— La voluntad del cielo justiciero
Pretende que lleneis con heroismo
Vuestros deberes solo, y el primero
Consiste en no entregaros á vos mismo.

Qué es lo que al fin, al fin, sucederia
Si todos los que viven desgraciados,
Se detuvieran en su triste via,
Como decís vos mismo, resignados?

No! la resignacion es diferente
Del entorpecimiento y la indolencia;
Ella es la calma en el dolor creciente,
La sumision á justa omnipotencia.

Pero es tambien, y con mayor vehemencia,
Resolucion, que la firmeza eleva,
De investigar si aqueja omnipotencia
Dará vigor á una esperanza nueva.

Alza la frente, misero aflijido,
Resignacion, en su sublime nombre,
Es el noble valor del elegido,
La voluntad, que dignifica al hombre.

A.

Sumario.

La Historia antigua en sus rasgos capitales, continuacion, por el Dr. D. Vicente F. Lopez — Sofismas Económicos, conclusion, por Bastiat, traducida por un Estudiante de Economía Política, — Historia de la Tierra, por X — El Bandido, continuacion, por X — Los Infieles, comedia en un acto, traducida y arreglada para El Iris — La Hosteria del Angel Guardian, continuacion, — La Madre, por Rodolfo — La Libertad, á Nice, poesia de Metastasio — Varias materias